CRUCES A FLOTE

Los habitantes de las Islas Carolinas fueron cristianizados en los siglos diecisiete y dieciocho, y guardaron con tal fidelidad su religión que las familias católicas han hecho una tradición con su fe a través de los tiempos, a pesar del aislamiento en que han vivido.

Cristina, la madre de uno de estos hogares católicos, le dijo a su marido una mañana:

- Juan, hace ya más de quince días que te dije que se habían terminado las hojas de tabaco; las últimas las enrollé para hacerte los cigarros que te estás fumando.

- Que casi me he fumado. Tienes razón, mujer. Luis ?has hecho algo para organizar el viaje a la Isla de Faís?

- Sí - contestó un mozo de diecinueve años, hijo menor de Juan y de Cristina -, todos están avisados y sólo esperamos a que tú fijes el día.

- Pasado mañana partimos.

Y después de una pausa continuó:

- ?Cuántos vamos y quiénes vamos?

- Veintisiete en cuatro embarcaciones. Y en la nuestra viene mi amigo Vicente.

- Vicente, siempre ese Vicente; no me gusta ese amigo, ya te lo he dicho.

- Pero por qué, padre?

- Aj -despectivamente-, tan americanizado, tan modernizado, tan poco nuestro.

- Al fin y al cabo no hace nada malo.

- No. nada... un chico sin religión, medio ateo, medio protestante, un indefinido.

- Está buscando su camino y se le debe ayudar.

- Si tú no pierdes el tuyo...

- Yo soy de esta casa, padre, de los que no podemos perder nuestro

camino porque está guardado por la gracia de Dios.

- Que El te bendiga -replicó el padre emocionado-, y que nunca te retire esa gracia.

. . . . . .

Partieron a las seis de la mañana y vieron salir el sol, sobre un espejo quieto, que de gris se hizo rosado y de rosado, verdiazul. Antes habían salvado los bancos de coral que cercaban como una corona caída sobre el mar la laguna de agua salina. Los cocoteros se inclinaban sobre esta laguna desde la playa, con toda la gracia flexible de una estrella vegetal. Los veintisiete hombres de Uluthi habían sacado sus cuatro embarcaciones al agua libre, casi a brazo. Y luego, cantando melodías melancólicas, con resonancias de caracolas, siseo de vientos suaves y eco de gorgeos selvátizos, se fueron alejando a remo porque no hacía viento alguno para desplegar la vela. El sol se fué elevando sobre un agua dormida y el ritmo de los remos breves y redondos salpicaba las embarcaciones con un temue chapoteo. Los jóvenes seguían cantando a media voz y los viejos -uno de ochenta años- fumaban.

Al cabo de dos horas, abanicó el bochorno un vientecillo fresco.

- Se levanta brisa, se levanta brisa -gritaron de una embarcación-, a izar la vela.

Unos minutos más tarde las embarcaciones comenzaron a avanzar más rápidamente hacia su rumbo Este. Pero el agua cambió de color y se levantaron nubes, primero blancas, luego grises, al final se hicieron de plomo descendiendo sobre el mar. Este también se tornó plomizo y el viento se hizo más fuerte, en dirección contraria al rumbo de los navegantes. Apenas se podía maniobrar con las velas frente a ese viento. Se intentó retroceder y no había gobierno posible. Empezó a cundir el pánico.

- Dios nos ampare, es un tifón. Arriad velas -gritó un hombre que llevaba todo el cuerpo tatuado.

Pero así y todo, el huracán arrastraba las embarcaciones y éstas comenzaron a bailar sobre el agua como cáscaras de coco.

- Dios nos ampare -murmuró otra vez el hombre y besó el crucifijo que pendía del rosario que llevaba al cuello.

- ?Qué hacemos? -gritaron los jóvenes- ?Qué hacemos? Hay que hacer algo.

Entonces Juan dió órdenes:

- Atad las embarcaciones una contra otra para hacer una balsa. Primero las dos que no llevan batanga, y dejad las otras d^{os} con un solo balancín.

Rápidamente se hizo la operación a golpe de bolo, pero cuando se intentaba juntar los costados, la fuerza del mar las separaba de nuevo o los golpeaba uno contra el otro.

La situación se fué poniendo cada vez peor porque ya el viento venía racheado azotando con sacudidas inesperadas. Se consiguió por fin juntar dos embarcaciones, pero al intentar agregar la tercera un golpe de mar la partió en dos. Sin embargo, en la relativa calma que siguió a esta sacudida completaron la maniobra agregando la restante embarcación. Reforzadas las amarras cuanto fué posible, cada hombre se reintegró a su puesto comenzando a vaciar el agua que ya iba llenando los tres cuerpos. El tifón avanzaba aproximándoles a su vórtice y el viento les empujaba hacia el Oeste.

El octogenario rezaba y suplicaba:

- Señor, salva a los que se han mantenido fieles a tu Ley. Líbranos de la desgracia.

Le contestaba el aullido del viento mientras la balsa sin velas ni remos, cabalgaba sobre las olas en el mismo vórtice del tifón. El hombre tatuado apretaba sus mándíbulas. Juan estrechaba contra su pecho otro crucifijo mientras murmuraba:

- Que tu grad a, Señor, siga guardando nuestro camino descaminado para no perderlo.

Los jóvenes jadeaban achicando el agua rápidamente para no quedar debajo de ella. La embarcación tan pronto quedaba suspendida sobre la cresta de una ola como se precipitaba hacia el abismo de la depresión de otra. Crujían las maderas y rechinaban las amarras. En todos los pechos alentaba la esperanza de que el tifón pasase y les dejase atrás, pero durante todo el día se luchó hasta el agotamiento, porque el temporal no cedía. A las seis de la tarde los vientos amainaron y el aguacero se fué haciendo llovizna. Cayó la noche y nadie sabía en dónde se hallaban. El agua dejó de inundar las barcas. Los hombres apretados en ellas intentaron descansar. Aún no había estrellas, pero los nubarrones se levantaron dejando un techo más alto.

Luis, de naturaleza enfermiza, pues la poliomielitis le había dejado una pierna encogida, estaba casi sin conocimiento en el fondo de su barca. Vicente le frotaba el pecho para hacerle entrar en calor y le echaba el aliento para reanimarle. Entreabrió los ojos.

- Luis ?cómo te encuentras? -le preguntó.

- Mejor, gracias -. Y pasaba lentamente las cuentas de su rosario.

Su padre le miraba con amorosa inquietud.

El tatuado relajó sus mandíbulas y respiró hondo.

El anciano seguía musitando sus plegarias.

Juan suplicaba aún:

- Devuélvenos el camino y que nos lleve a donde quiera tu voluntad.

Era la una de la noche y se aclaró una nube.

Iba a asomar la luna.

Cuando amaneció se dieron cuenta de que se habían quedado sin alimentos porque se los había llevado el mar. Sólo algunos cocos atados a las embarcaciones quedaban como única esperanza para el hambre y sobre todo para la sed. Y los fueron racionando.

El hombre tatuado que era uno de los capitanes de la expedi-

ción y que había viajado ya dos veces a Samar, les dijo que estaban a más de mil millas de Uluthi y que podían llegar a la Isla filipina.

También habían conseguido salvar una especie de tonel diminuto y recto que iba asegurado en la proa y cerrado herméticamente. Contenía vino de palma que consumieron antes que nada para disponer de un recipiente vacío donde almacenar un poco de agua si llovía.

El sol abrasador y el aire salino aumentaban la sed. La gente se cobijaba en la sombra que hacían las velas.

A Luis le colocaron en el lugar más fresco y le prestaron atenciones especiales. Como su desgaste era sólo físico, se repuso rápidamente con el descanso. Y, por extraño que pudiera parecer, se hizo el más animoso del grupo, resolviendo los problemas que la desesperada situación de los navegantes planteaba. Fué a él a quien se le ocurrió hacer un canalón con una de las batangas que mal desprendidas les venía siguiendo por la popa, para poder canalizar una cantidad mayor de agua con que llenar el tonelete.

Pero no llovía. Los atardeceres y las auroras se fueron sucediendo y cada nuevo sol les encontraba más débiles y más desalentados. Los que se sostenían pescaban algo. Carecían de lumbre para cocer la pesca y tenían que secarla y curarla calcinándola con el sol sobre una plancha de hierro que revestía la popa de una de las embarcaciones. Y con esto se alimentaban, pero aumentaban su sed. Muy pronto se había acabado el vino de palma y Vicente veía con terror cómo iba disminuyendo el número de esos frutos providenciales que guardaban el líquido para apaciguarla. Y se iba desmoralizando a medida que el físicamente débil Luis fortalecía su espíritu con una esperanza irrazonada que surgía de no se sabía qué fuentes sobrenaturales.

- Ya verás como llega la lluvia y llenamos el tonel -decía a su amigo.

Y llegó el agua y calmaron su sed con el chaparrón y se llenó el pequeño tonel. Pero !ay! era tan pequeño que tenían que seguir racionados.

Otro día, cuando la mar estaba tranquila y las aguas transparentes, vieron nadar casi en la superficie un gran bulto plano y ancho.

- Pero si es una tortuga... -gritaron con júbilo increible- y debemos estar muy cerca de tierra.

El capitán tatuado les explicó que estaban cerca de tierra, sí' pero que era inútil intentar llegar a una islita desierta, refugio de tortugas gigantes.

- El viento y la corriente nos llevan irremisiblemente hacia el Oeste y sólo Samar o alguna otra isla vecina nos pueden salvar.

Se sucedieron más ortos y más ocasos y la situación se fué haciendo desesperada. Ya no volvió a llover. El viento débil les daba poca velocidad y los hombres yacían exánimes en el fondo de las barcas. Varios jóvenes deseaban morir antes que prolongar su tormento. Pero los que llevaban rosarios colgando de su cuello les afearon su cobardía. Y Luis, en su fortaleza de espíritu, les hablaba de Dios y de su ayuda para salir con bien de aquella prueba. Era él quien alentaba a su amigo a la resistencia, en espera de una segura salvación.

- Pero ?en qué te fundas para creer que saldremos con vida de esto? Sin una brújula, sin un instrumento para medir velocidades y distancias, ?cómo sabeÞ dónde estamos y cuándo podremos tocar tierra?

- El hombre lleva las brújulas y los instrumentos en su instinto y en su inteligencia.-Nos salvaremos, Vicente, nos salvaremos: Dios nos sacará de esto y tú se lo tendrás que agradecer.

- Dios, siempre Dios... y yo muriéndome a chorros. ?No ves que ya no puedo resistir más?

Era verdad. Vicente se moría a chorros y se comprendía que no

podía resistir más. Aquel muchacho atlético, que había hecho gimnasia y practicaba los deportes yankees; que seguía sus reglas de higiene y tomaba vitaminas en alimentos y medicamentos, aquel hombrón no podía resistir más. Le fallaba el espíritu.

Y un par de días después, se le desmadejaron los nervios, a raiz de una conversación con Luis sobre el mismo tema, mientras veía consumirse el agua del último coco: y le dió un ataque. No era aún de locura pero se le parecía mucho: era un histerismo agudo que le desplomó.

Luis... -pobrecito Luis, con sus piernas desvitalizadas por la poliomielitis-, le cuidaba y pedía por él, en la fortaleza de su fe y de su espíritu:

- Sálvalo, Señor, Sálvalo.

Al siguiente día y al otro la embarcación era la tabla flotante de la desesperación y de la muerte lenta.

Sólo Luis, entero y heróico, el capitán tatuado, Juan y el anciano de las oraciones perpetuas se sostenían repartiendo ayuda y consuelo a los moribundos.

Su amigo Vicente era el más necesitado porque no reaccionó después de su crisis nerviosa. Y Luis temió por su razón y por su vida. Su vida, tan querida para él, pues era una vida que siempre deseó rescatar del materialismo de que se nutría.

- Sálvalo, Señor, sálvalo. No te lo lleves aún. Resérvalo para tu Gracia.

Y su oración se hizo llanto. Llanto en aquel atardecer tan triste y de tan lúgubres presagios; llanto en la noche cerrada y negra del mar y de su espíritu; llanto por si Dios no quería que su voluntad fuese la Suya. Llanto en la madrugada que aún podía traer otra aurora, pero que sería la última para su amigo. Y Vicente gemía débilmente:

- Luis... Luis, tengo sed... me muero de sed.

Pero ya no había agua. Ni la de su propia ración para dársela

a él como otras veces. Y Luis le pasaba la mano por la frente y miraba al espacio tapiado y al cielo negro, diciendo:

- Hágase tu Voluntad, Señor.

En su garganta árida, en su carne desnutrida, en su sangre deshidratada alentaba aún la última esperanza cuando un roce frenó la embarcación y la resaca la dejó en seco sobre la playa. Los que aún conservaban restos de vitalidad saltaron sobre la arena. La aseguraron tierra adentro y dos de ellos salieron en busca de plátanos y cocos. Antes del amanecer fueron hallados por gentes amables que les atendieron.